

Experimentos de un Café de Richmon

Sara Sender

Copyright©2015 Sara Sender. This text may be archived and redistributed both in electronic form and in hard copy, provided that the author and journal are properly cited and no fee is charged.

En un café de Richmon, un hombre retó a una mujer a un duelo singular. El hombre –un reconocido espeleólogo y naturalista de la zona-, propuso a la mujer conocerse más allá de los límites, investigar quiénes eran cruzando la línea de lo habitual. Para ello viajarían hasta las Montañas Azules y se adentrarían en una cueva de difícil acceso que había descubierto recientemente. La entrada a la cueva estaba camuflada por unos matorrales y se accedía reptando unos cuatro metros; una vez pasado ese túnel se entraba en una sala amplia en la más completa oscuridad.

Los dos debían quedarse allí, a oscuras, por un periodo mínimo de tres días, jurando no pronunciar una sola palabra una vez entraran y hasta que no volvieran a salir. Un cómplice iría a la entrada de la cueva al cabo de ese tiempo y haría sonar una alarma para avisarles. Para no ceder al primer impulso de abandonar el experimento hicieron un pacto: si uno salía de la cueva antes de tiempo, se entregaría a los deseos del otro sin condiciones y para siempre.

La mujer aceptó porque le gustaban los retos y porque le gustaba el hombre.

El primer día de verano cargaron el coche con algunas provisiones y salieron hacia el punto acordado. Les invadía el espíritu de los exploradores, pero aunque el territorio era conocido, la cartografía que les interesaba no podía verse.

Antes de entrar, comieron y bebieron en abundancia, luego hicieron el juramento de entrega, miraron la luz por última vez y también se miraron a los ojos. Reptaron por el agujero de entrada frotándose contra la tierra que los pariría hacia el otro lado hasta que pudieron incorporarse y, tal como habían pactado, se separaron caminando cincuenta pasos, él hacia la derecha y ella hacia la izquierda.

Al principio hubo como un salto al vacío, ella sintió la oscuridad como una bestia negra que la envolvía y luego se la tragaba. Esperó. Tenía ímpetu, pero también paciencia. Podía hallarse en una cueva o flotando en el universo como una astronauta perdida; podía hallarse en el vientre de su madre o muerta en una fosa; podía estar allí o no estar; los cafés de Richmon quedaban muy lejos o podían no haber existido. Hubo un momento, que pudo ser el instante siguiente o quizás la tarde siguiente –quién puede saberlo- en que ya no supo si había pertenecido desde siempre a aquella oscuridad y la luz imaginada afuera había sido la muerte misma al final del túnel. Empezó a sentir que la bestia era ella, puesto que parecía haber perdido el contorno de su cuerpo. Se buscó con las manos para cerciorarse de que aún estaba allí. Sentía los golpes de su corazón como un tambor llamando desde los confines de la materia. Intentó tranquilizarse y recordó que no estaba sola. Allí, en la masa oscura, debía estar el hombre. Aguzó el oído. Creyó oír una respiración. Se propuso encontrarle. Primero agarrada a las paredes rugosas y húmedas, después se atrevió a dejarlas y empezó a explorar la sala palpando el suelo. Aguzó el olfato. Creyó oler al hombre, creyó oler algo que no era ella. Caminó a cuatro patas en esa dirección. Caminó kilómetros en una sala que ya era un lugar infinito y solitario. Le buscó por todas partes durante mucho tiempo. Escuchó un rugido que provenía de su propia garganta y cuyas ondas chocaban contra las estalactitas, haciéndolas temblar. El hambre le revolvió las entrañas, como si una mano la agarrara por dentro. También tenía sed. Sentía cómo la lengua se le secaba como una roca volcánica, como una pasta de grano muy fino. Cada vez más. Como si tuviera vidrio en la boca. Vidrio y burbujas. Como si hubiera vomitado lava.

En algún momento del no-espacio ni tiempo, se tumbó boca arriba, vencida por el misterio. El momento justo en que sintió cómo un cuerpo que transportaba un perfume conocido planeaba sobre ella y un aleteo de plumas dejaba escapar una leve corriente. Se incorporó de un salto, podía escuchar como quien puede oír por un fonendoscopio los latidos de las células. Algo se había posado cerca y parecía esperarla. Adelantó la nariz para respirarle. No había duda, conocía el olor de esa carne. Rastreo sigilosa. Cada vez más y más intenso el olor. Calculó bien, sabía hacerlo y no sabía por qué, pero de un salto acertó la dirección exacta donde atrapar al único ser vivo que compartía con ella aquel experimento: era pequeño, templado, jugoso.

Sara Sender es licenciada en Psicología por la Universitat de Barcelona. Es profesora de Técnicas de Comunicación, y supervisa grupos de Escritura Creativa y de Risoterapia. Como escritora ha colaborado con distintas compañías de teatro, y ha publicado relatos, monólogos y artículos en varias revistas y antologías. Dos de sus relatos han recibido premios literarios. Formó parte del equipo docente de los cursos de escritura *Escriure és Creure és Creure*, impartidos en la Universitat de Barcelona, como profesora de escritura dramática. Es autora de la novela *Boris y el Sur*.

Sara Sender holds a BA in Psychology from the University of Barcelona. She teaches Communication Techniques and supervises groups of creative writing and laughology. As a writer, she has collaborated with different theater companies, and has published short stories, monologues and articles in journals and anthologies. Two of her short stories were awarded literary prizes. She was part of the University of Barcelona creative writing courses *Escriure és Creure és Creure* in the area of dramatic writing. She is the author of the novel *Boris y el Sur*.